

ALARCÓN Y ARIZA, PEDRO ANTONIO DE (1833-1891)

*DISCURSO SOBRE LA ORATORIA SAGRADA*

SEÑORES:

Desde que leí por primera vez el manuscrito del grandioso discurso que acabáis de oír, adiviné la profunda emoción que os causarían todas sus nobles y bien concertadas partes, así como la especie de plenitud y agobio de admiración y entusiasmo que experimentaríais en este momento; por lo que, parándome a considerar que yo era el sin ventura a quien obsequiosa deferencia de nuestro digno Director imponía la alta honra, pero difícil empeño, de contestar en nombre de la Academia, determiné no hacerlo con otro discurso (que en manera alguna, y muchísimo menos siendo mío, podría ya cautivar vuestra encadenada atención), sino reducirme a cumplir lisa y llanamente mi deber reglamentario, hablándoos con brevedad y ligereza tales, que la fatiga que os produjesen mis palabras no excediera del minimum de vuestros temores.

Verdad es que, en cualquier otro caso, aun tratándose de orador y discurso de mucho menor cuantía (dado que pudierais volver a elegir Académico de mi mediocre talla), todavía me preguntara yo si no debía adoptar como buen sistema el procedimiento a que hoy recorro por necesidad: todavía, digo, me preguntara, como os pregunto, si no fuera siempre discreto que el llamado padrino dejase por entero al neófito el papel de protagonista, en lugar de afanarse por aguar o compartir su triunfo, parafraseando, o tal vez impugnando su peroración: pues bien claro se advierte que, si la parafrasea, amplifica y adiciona, el acto degenera en redundante y monótono, y que, si la impugna, desluce y desbarata ¡en fiesta tan solemne, a la faz del convocado público, y hasta delante de señoras!..., hace un flaco servicio a su pobre ahijado... Pero, en fin, no es éste, ni con mucho, el caso en que nos vemos; que ni yo tengo nada que oponer al magnífico discurso del Sr. Pidal, ni, aunque lo tuviera, contaría con fuerzas y medios para disminuir el mágico efecto de su palabra. Se limitará, pues, mi pobre y humilde tarea a saludarlo en nombre de esta regocijada Corporación, ufana de verle ya en su seno; a exponer los méritos, ciertamente notorios, pero nunca bastante celebrados, que motivaron el unánime llamamiento que aquí le ha traído; a responder a las sentidas palabras con que nos ha expresado su gratitud, y, necesariamente, a decir algo, muy poco, pero siquiera lo preciso, acerca de su primer acto académico, para que, al menos, conste en nuestros anales que el héroe de su memorable discurso ha sido el insigne Fr. Luís de Granada, y que la Academia Española ha tributado en algún modo el debido homenaje de amor, sumisión y agradecimiento a este gran rey del habla castellana, tan gallardamente alzado hoy por el Sr. Pidal sobre el pavés de su propia elocuencia.

Con lo que basta ya de exordio, si la cabeza ha de ser proporcionada a las demás partes de mi breve oración, no se diga luego que he gastado toda la pólvora en salvas o

salvedades, y que he sido difuso al anunciar que iba a ser lacónico, pareciéndome a aquél que decía en una carta: «Perdone V. que sea tan extenso; pero estoy muy de prisa.»

Para dar la más completa y cordial bienvenida al Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, empiezo considerándolo bajo el aspecto en que él, piadosísimo hijo, ha querido presentárenos ante todo en el tierno preliminar de su discurso, cuando, conmoviéndonos hondamente, proclamaba que su encumbramiento al cargo de que va a tomar posesión, sólo podía hallar defensa en los derechos de la sangre, y que, aun alejado de esta Academia, siempre la había considerado la casa solariega de sus mayores. Hablando luego, con legítimo orgullo filial, de la venerable sombra de aquél que, sin dejar la presencia de Dios, donde goza el premio de sus virtudes, le precede (son sus bellas palabras) en el áspero sendero de la existencia, abriéndole paso con el brazo invisible de su autoridad, le hemos oído añadir: «¡Ojalá fuera más propicia esta ocasión que para la tristeza para el regocijo!» Y patéticamente se lamentaba de que esto le impidiera seguir tratando de los altos merecimientos de su padre.

A lo cual le respondo yo (seguro de que también soy eco de generosas voces de vuestra alma), que tan propicia para la tristeza como para el regocijo es la presente ocasión, en que hemos visto correr hermosas lágrimas de los ojos de agradecido huérfano, y que la Academia se complacerá muy mucho si mi voz logra consolarlo al deplorar con él la muerte y enumerar los títulos de gloria del antiguo compañero, a quien con amor recuerdan aquí, de una parte, los que se titularon sus hermanos, y de otra, los que, llegados más tarde, lo veneran como padre y maestro... Así verá su digno y verdadero hijo cuán positivamente es cierto que, al poner el pie en los umbrales de esta casa, ha entrado en su paterno hogar, y hasta qué punto puede considerarse entre nosotros como en medio de su familia... ¡Todos, todos, sin excepción alguna, le estrecharemos hoy entre nuestros brazos, por ser quien es personalmente, por el esclarecido nombre que invoca, y por pertenecer ya a nuestra comunidad de profesos, de las buenas letras!

Pero ¿qué podré yo decir en elogio del inolvidable Académico D. Pedro José Pidal, invicto orador, sabio ministro, embajador afortunado y profundísimo historiador, que logre ufanar y alegrar a su buen hijo? Nada tan autorizado y oportuno como citar unas frases escritas en alabanza de aquel grande hombre por otro hombre también ilustre; frases que se destinaban a ser leídas en este mismo sitio, y en acto análogo al presente, o cual no llegó a realizarse por nueva desventura de la Academia.

Es una dolorosa historia... Habíais elegido para ocupar la silla vacante por fallecimiento del marqués de Pidal al consumado hablista, orador y poeta D. Antonio Aparisi y Guijarro, y disponíase el respetable Académico electo a presentaros su discurso de ingreso en este recinto, tan contiguo a la final morada, cuando también le sorprendió la muerte. Ante mis ojos he tenido yo el precioso manuscrito, trazado de puño y letra de aquel modelo de ciudadanos, que me honró con paternal amistad, y de ese documento (reproducido luego en letras de molde) copio las siguientes palabras, que al cabo resuenan, después de tantos años, en el lugar para donde se escribieron. Ya es Aparisi quien os habla... Reconoced su elegíaco estilo.

«Miro la silla que he de ocupar, en que se sentaba aquél cuya memoria no morirá nunca... Tiemblo ocuparla.

»Fue sin duda insigne varón, ornamento de la Patria... Entre las flaquezas de su época, permaneció firme e incontrastable; entre las veleidades del tiempo, inflexible; entre las corrupciones, inmaculado: gran ciudadano, era como el nervio de todo un partido; al morir él, pareció que el partido entero con él moría. Aun los que pensaban que había muerto, al pasar por delante del gran orador, le saludaban en su persona: semejaba columna altísima que sustenta una gran techumbre: los vientos la cuartejan y cae con estrépito; la columna queda en pie... Más de una vez le oí: admiré el espíritu levantado, la instrucción vasta, la lógica temible. No era ya el sol que brillaba en su cenit; no, que estaba ya en su ocaso; pero ¡aún era el sol!... En adelante, una enfermedad cruel hizo al varón insigne objeto de lástima respetuosa. El león estaba encadenado, y tenía fiebre además...

»Una cosa me admiró en aquel hombre, y otra me enterneció.

»Su grande espíritu, dando vida a aquella naturaleza casi muerta, podía trazar aún, en una obra que vivirá, las alteraciones de Aragón, y vindicaba la memoria de Felipe II, el hombre más rey que ha existido...

»Una noche, lo recuerdo bien, a un fogoso orador se le escaparon palabras de aquellas que escandecen los oídos católicos, y Pidal las oyó, y pugnó por ponerse en pie, y con lengua trabada y balbuciente, y con acentos que parecían gemidos, pidió la palabra, si no para contestar, para protestar, y, concedida, hizo un gran esfuerzo, y no pudo, y se dejó caer sobre el asiento, y lloró...

»Éste fue el discurso más elocuente que pronunció en su vida...»

Así habló..., así pensaba hablar aquí, en honor de D. Pedro José Pidal, D. Antonio Aparisi y Guijarro... Nada tengo yo que añadir, en mi pequeñez, a retrato de tanto valor, que parece hecho por la férrea pluma de Cornelio Tácito. Sólo daré fe y testimonio, a los que no conocieron el original, sobre la gran exactitud del parecido; pues también me cupo a mí la suerte, allá en mis mocedades, de admirar en la política tribuna y tratar fuera de ella al digno paisano y sucesor de los preclaros hijos de Asturias Jovellanos y Campomanes... Con lo que ya es tiempo de que, deseando paz en su eterno reposo a los que finaron, y trayendo entre nuestros brazos al Sr. Pidal, hijo, vengamos a la festividad presente y hablemos del laureado paladín que, rico de juventud y bríos, y movido por su noble sangre, acude a ayudarnos en la continua tarea de esta Academia...

Pero ¡ay! no salgamos todavía de la mansión de los sepulcros; que la propia voz del nuevo hermano nos llama aún y nos detiene delante de reciente fosa... Sí; todavía tenemos que responder, con toda la efusión de no mitigada pena, a las hidalgas alabanzas que, antes de ocupar entre nosotros el conquistado puesto, dedica a la buena memoria del que lo dejó vacante... Todavía hemos de decirle que la Academia se asocia al elegante y merecido elogio que ha hecho del inolvidable Conde de Guendulain, cuyo júbilo no

tendría hoy límites, si pudiera ver que le reemplazaba en su enlutada silla heredero de tales prendas y tan identificado con él en opiniones y sentimientos...

Señores: la hoja de servicios del Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, o sea el conjunto de títulos con que penetra en este que llamé algún día Senado literario, goza de tal notoriedad en España y fuera de ella, que bien pudiéramos creerle dispensado del público examen de calidades que es de rúbrica en la toma de posesión de cada nuevo Académico. Pero callarme sobre los merecimientos de mi insigne y querido ahijado, fuera privarme y privaros a vosotros de legítima complacencia... Lo que sí haré, en esto como en todo, obligado por la premura de tiempo que me aflige, será abreviar de razones y comentarios propios y reducirme a citar hechos y documentos.

Por dos diversos modos ha ganado superabundantemente el Sr. Pidal, a juicio de amigos y adversarios, la medalla y diploma de Académico. Como escritor y como orador; dado que no sea siempre orador, hasta cuando blande la pluma en el periódico o en el libro.

Su grande obra escrita es la titulada Santo Tomás de Aquino, que todos conocéis. Discípulo predilecto del virtuosísimo padre dominico y gran tomista Fr. Zeferino González, el nuevo Académico emprendió con ardiente entusiasmo, luego que hubo terminado la carrera de Leyes, un estudio perseverante y concienzudo, como ya se hacen pocos en este siglo, de todas las obras del soberano teólogo y filósofo apellidado universalmente El Ángel de las Escuelas. De aquellas laudables vigiliias, a que el Sr. Pidal dedicó sus más floridos años, fue sazonado fruto el libro de que os hablo. No me creo yo con autoridad bastante para hacer su panegírico, aunque mi educación fuera también escolástica y mi carrera literaria la Teología: háganlo respetabilísimos maestros. Hágallo primeramente el propio P. Zeferino, hoy Arzobispo de Sevilla, quien, en su monumental Historia de la filosofía, llama al Sr. Pidal y Mon «ilustre biógrafo y elocuente apologista de Santo Tomás de Aquino, y gloria a la vez del Catolicismo y de la tribuna española; añadiendo que su libro es recomendable como pocos por su estilo grandilocuente, acaso con algún exceso (leo palabras textuales), y por el resumen y crítica de la doctrina de Santo Tomás que contiene, por su profundo sentido cristiano y por su vasta y escogida erudición.» Oigamos también al célebre escritor italiano Salvatore Talamo, profesor de la Academia histórico-jurídica instituida en el Vaticano por el sapientísimo y prudentísimo León XIII, y uno de los que más han ayudado y ayudan a Su Santidad en la gran edición de las Obras de Santo Tomás de Aquino... «Otro monumento (dijo al aparecer el libro del señor Pidal y Mon) es éste que surge para honrar la memoria del Angélico Maestro... En ninguno como en él está esculpida con toda su grandeza, y casi diremos en la totalidad de sus aspectos, la majestuosa y colosal figura del sumo Doctor. Ninguno como él representa a Santo Tomás en la ciencia y en la historia... Por ardua y difícil que fuese la empresa, la ha conducido y cumplido con perfección... Al mérito del fondo, une este libro un modo de decir opulento, elevado, copioso y profundamente sentido, que revela en el autor viveza de fantasía, esplendor de elocuencia y bondad de ánimo y de entendimiento.» Recordemos, en fin, las nobles alabanzas que de esta misma obra hizo, con largueza que no habrá olvidado el Sr. Pidal, un periódico español tan ilustrado y competente como El Siglo Futuro. «El autor de Santo Tomás de Aquino (dijo entre otras cosas) es D. Alejandro Pidal y Mon, a quien ya conocen todos los católicos de España por

los frutos literarios de sus raros talentos, cultivados con exquisita diligencia y espléndidamente ilustrados por los rayos de la fe...» «Para realizar su grandioso designio, el Sr. Pidal ha reunido gran copia de erudición y saber y ha consultado cuanto podía ayudarle en su empresa, contando Singularmente con los beneméritos religiosos del Orden dominicano, entre quienes descuella el Rdo. P. Zeferino González, amigo del autor...» «Júntese a esto una razón noble y fecunda, un fondo de piedad tan tierna que desde el principio de la obra se exhala suavemente..., una adhesión firmísima a Santo Tomás de Aquino, que raya en vivo entusiasmo, y los demás dones y talentos recibidos copiosamente del cielo por el docto panegirista...»

Aquí hago punto respecto del escritor, y paso a tratar del orador. Pero ¿qué diré yo que no sepáis todos? ¿Qué diré que no sepan cuantos puedan leer mis mayores celebraciones? ¿Quién no recuerda sus grandes triunfos en la tribuna desde que apenas había llegado a la edad viril? ¿Quién ignora la extraordinaria resonancia que tienen sus valientes y bien sentidas oraciones, no sólo en nuestra península, sino en toda nación católica, en altísimos solios y encumbradas y poderosas inteligencias? Abundante y briosa palabra, erudición e instrucción nada comunes, valor tribunicio, autoridad de vir bonus, conmovedores arranques de sincera pasión y todos los esplendores de la poesía lo han alzado a figurar entre los primeros en esta tierra de los eminentes oradores, pudiendo asegurarse, por tanto, que el imperio instintivo, natural, ingénito, que ejerció siempre sobre la lengua patria, y que progresivamente han ido fortaleciendo el estudio y la reflexión, harán que éste, como otros príncipes de la elocuencia española, sea utilísimo a los fines de nuestro instituto. Que la propiedad y acierto en el empleo de las palabras es también caso de inspiración y numen, y los verdaderos oradores, lo mismo que los verdaderos poetas, nacen con el privilegio de encontrárselo todo dicho, por no sé qué especie de humanidades infusas... Sabios muy respetables andan por el mundo que pasarían muchas noches en vela para hallar los calificativos felices, los verbos adecuados, los giros castizos y las construcciones gallardas, que de pronto se les ocurren a estos capitalistas natos del buen decir, a quienes tanto deben gramáticas, retóricas y diccionarios.

Pero todavía no he hecho mérito de la cualidad sobresaliente del Sr. Pidal, considerado en sus discursos, en sus escritos y también en su persona... Me refiero a la índole y grado de la fe religiosa, o, por mejor decir, taxativamente católica, que le sirve de musa en cuanto piensa, escribe, dice o hace... Y aquí debo observar que, en mi concepto, dentro de toda Religión hay que distinguir tres clases de apóstoles o propagandistas: los naturales, los aleccionados y los filántropos. Son naturales los que nacieron y se criaron creyendo, v. gr., en Jesús, y nunca han vacilado en su fe; como (por ejemplo) Santo Tomás y Fray Luís de Granada: son aleccionados los que, después de haber profesado otras creencias, entran real y efectivamente (como, por ejemplo, San Agustín y San Pablo), en determinada comunión, bajo el glorioso título de convertidos; y no son, en fin, sino filántropos los que, no profesando, a pesar suyo, en lo interior de su conciencia, ninguna religión positiva, consideran que alguna de las existentes puede, por su moral y por su prestigio (ellos la creen mero prestigio), ser útil, saludable y consoladora a aquellos a quienes aman; a su propia familia, al prójimo, a la patria, a la sociedad...

De este último linaje de propagandistas, que pudiéramos llamar confesores y, practicantes externos, o por cuenta ajena, no hay para qué hablar ahora. Advertiré, sin embargo, que juzgo hasta beneméritos y heroicos a los que recomiendan consoladoras y moralizadoras creencias que ellos no tienen, si los comparo con los que se afanan por arrebatarlas al que las tiene. Creo yo que la mayor peste del mundo, en la crisis que hoy corre la sociedad, es la manía de ciertos mozos que, por haber leído en algún libro alemán, traducido al francés, el descubrimiento de que no hay Dios en la tierra ni en los cielos (como si a enterarse de esto alcanza ran los microscopios y telescopios de Alemania y Francia), andan por esas calles, parándonos a los viejos y semi-viejos, a fin de espetarnos tan mala noticia... ¡Y si sólo nos la dieran a nosotros!... Pero se la dan también a los que pueden creerla a puño cerrado; se la dan a los niños; se la dan a los pobres, pobres al par de discernimiento y de prudencia; se la dan... (bien que esto con menos fruto) a buenas y santas mujeres, que se echan a llorar a la sola suposición de que sus hijos no tengan en el cielo un eterno padre!... Y lo más ridículo de todo es que estos voluntarios de la impiedad, apóstoles imberbes del ateísmo, ejercen en definitiva un oficio muy anticuado y grotesco; oficio que ya desempeñaron, antes de que nacióramos los que hoy peinamos canas, una porción de filosofastros del corte de Volney y de Pigault Lebrun, cuyos librejos racionalistas se apolillan hace diez lustros en prenderías, baratillos y ferias, sin hallar quien los compre ni los prohíba; oficio, en suma, que revela en sus maestros y aprendices tan mala educación como pésimo gusto, y tanta sandez como feroces entrañas... Porque ¡Dios mío y Dios de ellos!, aunque esos desgraciados estuvieran ciertos de lo que dicen, ¿qué especie de placer de aguafiestas o de aficionados a verdugo encuentran en ir arrancando esperanzas y consuelos a los que aguardan otra vida mejor y en no dejarles para los días de tribulación y angustia más asidero que la pistola del suicida?

Pero volvamos al Sr. Pidal, omitiendo lo mucho que podríamos decir y las subdivisiones psicológicas que podríamos hacer respecto de los creyentes aleccionados, respetabilísima clase muy extendida, desde hace treinta o cuarenta años, por las naciones latinas de Europa, con el equívoco nombre de neo-católicos.

No es el Sr. Pidal creyente aleccionado o converso, como Chateaubriand; ni propagandista meramente filántropo o político, como la mayoría de los que militan en partidos medios: es creyente natural o nativo; nació y se crió católico, apostólico, romano; lo es con toda la fogosidad de su alma, y no le inquietan, entristecen ni abaten recuerdos de pasadas dudas. Si en algo se diferencia del cristiano viejo a la antigua española, es en no tener nada de regalista; en ser declaradamente ultramontano. Muéstrase en esto, como en todo, discípulo de Santo Tomás, cuya doctrina política, asaz, ecléctica en cuanto a las formas de gobierno, venía a ser en sustancia que más vale servir a Dios que a los hombres. En resumen: el Sr. Pidal no es, ni ha sido, ni creo que habrá de ser nunca, otra cosa que católico: su religiosidad raya en absoluta, y, para calificarlo exactamente, habría que llamarle teocrático, esto es, partidario del gobierno de Dios. De aquí la irresistible unción de su palabra cuando defiende (y es su tarea constante) dogmas, tradiciones, actos, derechos o intereses de la Iglesia romana; de aquí su autoridad en tales controversias; de aquí la inspirada elocuencia de su estilo; de aquí la fuerza de sus conmovedoras expresiones; de aquí el arrebatado discurso que acabáis de oír, y de aquí

también lo muy útiles que sus conocimientos en ciencias teológicas y literatura mística serán a esta Real Academia, a cuyas juntas no asiste ahora ningún eclesiástico... Fuera de lo cual, el nuevo cofrade, versado igualmente, por mera erudición, en el tecnicismo de las modernas e innumerables escuelas filosóficas, podrá, en caso necesario, discutir, dentro del correspondiente dialecto de secta, el genuino y propio sentido de tal o cual voz, ya generalizada en las aulas de ahora, que nos traigan y recomienden adalides de la izquierda científica, a, quienes, dicho sea de paso, ya hemos demostrado, en votaciones recientes, que la Academia no tiene cerradas sus puertas para nadie que sepa (y es mucho saber) Analogía, Sintaxis, Prosodia y Ortografía, sin curarse de las ideas que allá profese cada cual en materias o asignaturas de Segunda o de Superior Enseñanza...

Sentiré que la molestia que os ocasiono esté ya para llegar al maximum, pues todavía tengo que deciros, en cumplimiento de mi obligación, las anunciadas cuatro palabras acerca del acontecimiento del día, o sea respecto del discurso del Sr. Pidal... Otorgadme, pues, una prórroga de paciencia.

Naturalísimo y apropiado a las circunstancias del caso era que el discurso de entrada del tribuno católico en este taller de las palabras versase sobre la Elocuencia, y especialmente sobre la oratoria sagrada, y que, entre todos los campeones del púlpito, se fijase en aquél que fue a un mismo tiempo dechado de predicadores y modelo de escritores o hablistas; en aquél que, por la pureza y gallardía con que manejó el patrio idioma, está siendo para la Academia, desde la fecha de su primer Diccionario hasta hoy que prepara la duodécima edición, una de las más respetadas autoridades.

De grandiosa, como expresé al principio, debe calificarse la obra con que el nuevo individuo de esta Corporación ha desempeñado su tarea, justificando plenísimamente nuestros votos. Pocas veces han resonado aquí frases tan expresivas, imágenes tan bellas, períodos tan abundantes y sonoros, razonamientos tan elevados y bien sostenidos como los que han brotado de labios del señor Pidal, ora describiese la Elocuencia, mucho más con su ejemplo que con abstractas definiciones; ora superase y acallara todas las voces de la naturaleza al enunciarlas en asombrosa poética pintura; ya dijese las excelencias de la palabra humana, «cetro extendido sobre todas las criaturas del universo,» ya contase los triunfos y blasones de la oratoria... Por cierto que en esta parte de su discurso, hablando del concepto de la belleza, ha citado opiniones autorizadísimas que no son para olvidadas, hoy que tanto daño se está haciendo a las costumbres y a la literatura por los que pretenden que pueden ser bellas (y hasta recomiendan como las mejores y más artísticas) aquellas obras que no tengan ningún carácter docente ni moral. Nos ha recordado, por ejemplo, que la belleza, para Platón, era «el esplendor de lo verdadero;» que, para San Agustín, la hermosura era «el esplendor del orden;» que, según San Buenaventura y Santo Tomás, «es condición precisa de la belleza concentrar lo vario en lo uno,» y que, en opinión de Kant y Hegel, «la mayor perfección de esta belleza es ostentar lo infinito en lo finito;» y de todo ello, y de palabras magistrales de Cicerón y de Aristóteles, ha deducido el Sr. Pidal, no sólo que la Elocuencia puede definirse como «el arte de manifestar por la palabra la belleza de la verdad, para que la voluntad la quiera como su BIEN», sino que, según los mismos preceptos estéticos, «no puede haber belleza superior a la que irradian las verdades eternas.» Menos, mucho menos que eso, dije yo

aquí antes de ser quemado en efigie con mi querido amigo el Sr. Nocedal, o sea antes de ser sacados en graciosa caricatura, ambos con hábito religioso, sin duda para nuestra mayor ignominia... Habíame reducido yo, al tomar posesión de mi cargo de Académico, a decir, no que lo bueno, sólo por ser bueno, pudiera ser bello artísticamente, sino que no podía ser bello artísticamente lo que causase repugnancia y asco a nuestra alma... Agradezco, pues, al Sr. Pidal, y también a ciertos modernos escritores franceses, la justificación que han hecho de mis opiniones, el uno autorizándolas con su dictamen y con tan importantes citas, y los otros comprobándolas ad absurdum; quiero decir, apestando y sublevando a todas las personas de buen gusto y buenas costumbres con obras realistas o naturalistas en que anda la verdad a la greña con la belleza, o la belleza divorciada de la bondad. ¡Escriban otra media docena de libros estos realistas y naturalistas franceses, y habrán enterrado en su propio fango esa triste escuela que yo apellidaré, no precisamente la mano negra, pero sí la mano sucia literaria!

Encamina, al fin, su discurso el Sr. Pidal (y es el punto en que yo me atrevo a ponerme a su lado, para acompañarle en terreno tan llano, fértil y florido) a decir los timbres y méritos de Fr. Luís de Granada, ¡del Fray Luís de mi tierra!... No con osados vuelos a las excelsitudes de la crítica, pues para ello me faltan las alas de águila de mi buen amigo y los ímpetus de su elocuencia, sino moviendo mi pesado cálamo por las asperezas de humilde prosa, diré lo que allí, en aquella encantadora ciudad que vio nacer al llamado «Séneca de nuestras cátedras, Crisóstomo de nuestros pulpitos y Tulio de nuestra oratoria,» se sabe, o se recuerda, por tradición, y con entusiasmo y amor perpetuos, acerca de su vida, de su carácter, de sus virtudes, de sus predicaciones...

Recuérdase allí que su verdadero apellido, o más bien el que su padre había tomado del pueblo de Galicia en que nació, era Sarria; recuérdase que en edad muy tierna perdió a este padre, pobre y honrado trabajador, y que su madre, único amparo que le quedó el mundo, fue lavandera del convento de Dominicos; ufánanse los prebendados de la Capilla Real, donde yacen los Católicos Reyes Isabel y Fernando, refiriendo que estuvo en ella de acólito; désignase aún, en la plazuela del Realejo, el lugar en que el egregio conde de Tendilla, primer Capitán General de Granada, a cuya conquista tanto había contribuido, lo halló batallando con otros rapazuelos, y prendose de él y lo tomó a su servicio, al oír las discretas razones con que los disculpó a todos; se cuenta cómo bajaba luego todos los días de la Alhambra a la ciudad, acompañando a los hijos del Conde y llevándoles los libros, y cómo por el camino aprovechaba la ocasión de ir leyendo, y cómo, desde la puerta de la clase, también aprovechaba después las lecciones que daban a sus amos; refiérese de qué manera obtuvo, así que lo admitieron al noviciado en el convento de Santo Domingo, no ciertamente limosna para su pobre, mas venerada madre, sino el necesario permiso para compartir con ella su propia y tasada ración conventual; descríbese, en fin, todavía, por devotas mujeres, con tan vivas y pintorescas frases como si hubieran presenciado el hecho, aquella sublime escena en que Fr. Luis, hallándose en el púlpito, vio entrar en el templo a la ya muy anciana y siempre humilde lavandera, e interrumpió el sermón, y mirándola con inmensa ternura, suplicó al apretado concurso que le abriese paso, añadiendo en una especie de respetuoso éxtasis: «¡Es mi madre!»

De lo que el insigne Dominico era en el púlpito, nos queda la siguiente admirable pintura, debida al mejor de sus historiadores: «Acomodábase (dice) a todos los géneros, enseñando lo que era docto y fácil igualmente. Increpando el pecado y el vicio, echaba llamas de la cara, y mostraba horror que desmayaba y asombraba a los pecadores. Hablando de los misterios y de los beneficios que nos ha hecho Dios, con vivos y naturalísimos colores los ponía presentes. Razonando del cielo y de los Santos, arrebatava los corazones y consigo los levantaba en alto. Tratándose de nuestra miseria, veíase quedar en nada... Exhortando a la conversión, salían las palabras todas amorosas, abrasadas y penetrantes, con que se movían los más duros corazones.»

Respecto del verdadero carácter religioso de Fr. Luís de Granada, el amor preferente del Sr. Pidal a Santo Tomás de Aquino le ha llevado, no a confundir, pero sí a querer hallar parentesco de escuela entre ambos héroes de la Cristiandad. No le ha sido esto difícil, como tampoco le hubiera costado mucho trabajo emparentarlo con Santos de cualquier otro orden; porque lo cierto es que el maravilloso autor de la Guía de Pecadores cultivó todos los campos de la piedad, sin perder por ello su significación predominante.

Cinco son los órdenes en que, a mi juicio, podrían dividirse los grandes maestros y actores de la doctrina y devoción cristianas: los filósofos, que deslindan, organizan y aclaran con científicas especulaciones la esfera racional de la Religión del Crucificado, sobreponiéndola a toda otra filosofía; los contemplativos, que, dentro de estos límites y definiciones, discurren acerca de los atributos, procesos, gozos y ventajas del divino amor, también desde alturas especulativas; los penitentes, que, penetrados de este amor supremo, y desprendidos de todo afecto mundano, se dedican en desiertos parajes a la salvación de su propia alma, encerrados en una especie de impassibilidad estoica, para la cual no hay más dolor que el de ver crucificado a Jesús y el de considerarse indignos del precioso don de su sangre; los predicadores, que, en vez de consagrarse exclusivamente a procurar su salvación propia y a rezar en el desierto por la del prójimo, viven en el mundo, en el siglo, hasta en las mismas cortes de los Reyes, recordando a todos la doctrina de Cristo, dirigiendo las conciencias, apellidando siempre paz, y calmando las pasiones de individuos y familias, y aun de pueblos enteros..., dado que no prefieran ir a morir en remotos climas, propagando la luz evangélica por regiones sumidas en las tinieblas del error y la ignorancia; y, finalmente, los caritativos, que, enseñados y edificados por las definiciones de los filósofos, por los encomios de los contemplativos, por el denuedo de los penitentes y por las arengas de los predicadores, ponen personalmente en práctica, por medio de obras de caridad y misericordia, la dulcísima y salvadora moral de Jesús, predicando, digámoslo así, con el ejemplo, y realizando las virtudes recomendadas por todos los Santos y Doctores.

Pues bien: sin dejar de ser cierto y positivo que Fr. Luís de Granada se eleva muchas veces a las esferas filosóficas de la ciencia cristiana, no sólo como Santo Tomás, sino como los aguerridos polemistas San Agustín, San Buenaventura y Fr. Luís de León, también lo es que llega otras veces, en la metafísica pura del amor divino, a emular los vuelos, transportes y arrobos de los célebres místicos españoles Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Malón de Chaide; que, en algunos períodos de su vida, muéstrase tan penitente como San Pedro Alcántara, según lo prueban sus austeridades en las

Ermitas de Córdoba y en el monasterio portugués de Pedrogaón, sus constantes flagelaciones y ayunos y la perseverancia con que se negó a admitir la mitra y el capelo; que iguala como predicador a su propio patriarca Santo Domingo de Guzmán, y que merece, en fin, el dictado de caritativo, no sólo por innumerables actos personales de amor al prójimo, sino por sus vehementísimos tratados y sermones acerca de la misericordia y la limosna, los cuales contribuyeron en igual medida que los de su venerado compañero Juan de Ávila a la edificación y sublime heroísmo de aquel Hércules de la caridad, San Juan de Dios, cuyos trabajos en bien de los pobres constituyen la segunda epopeya granadina.

Pero, lo repito, ante todo y sobre todo, ya sea que hable, ya que escriba, el autor de El Símbolo de la Fe es, principalísimamente, discípulo de Santo Domingo de Guzmán, soldado de su valeroso ejército, predicador, misionero, cruzado activo, religioso práctico y fecundo que (según expresó uno de sus biógrafos y hoy ha repetido el Sr. Pidal), «no sólo fue Santo, sino que hizo muchos Santos,» de donde con justicia proclamó otro granadino ilustre, «que así como Santo Tomás de Aquino vino al mundo para alumbrar los entendimientos, Fr. Luís de Granada vino a encender las voluntades.» Y de aquí también el que el gran Papa Gregorio XIII le escribiese aquellas hermosas palabras, esculpidas luego en el sepulcro del pobre dominico: Más milagros has hecho con tus escritos y sermones, que si hubieras dado vista a ciegos y vida a muertos.

Como documento justificativo de cuanto el Sr. Pidal y yo hemos enunciado esta tarde, y para dar de paso término a la sesión con una breve muestra del lenguaje castizo, bien ordenado, claro y enérgico del gran hablista, séame lícito haceros oír una vez más, pues siempre os parecerán igualmente bellas, algunas de las inmortales máximas que escribió este eficazísimo maestro de proezas como las de San Juan de Dios y D. Miguel de Mañara, acerca de los pobres, de la caridad, de la limosna.

Pero antes... (todo ello durará tres minutos), permitidme un arranque de patriotismo. No sé dónde ni cuándo (pues yo tengo muy mala memoria), dijo no sé quién (indudablemente algún enemigo de nuestra patria), que el pecado opuesto a la caridad (quiero decir, la envidia) era el mayor y más extendido vicio de los españoles... ¡Yo lo niego! Seremos díscolos, seremos soberbios, seremos irrespetuosos, seremos ingratos...; habremos podido decir siempre, aun tratándose de insignes patricios: «¡Del rey abajo, ninguno!»; habrá podido decirse de nosotros: «¡Ésta es Castilla, que hace los hombres y los gasta!»; habremos degollado a D. Álvaro de Luna y a D. Rodrigo Calderón, desterrado a Somodevilla, y encarcelado a Floridablanca; ¡pero no somos envidiosos! Éste es achaque de pueblos o de personas cobardes o impotentes, ¡no de corazones varoniles y altivos, desdeñosos y pródigos hasta de su propia sangre! Antes bien, y por desventura en ocasiones, lo que acontece en esta empecatada tierra de hidalgos perezosos y de labriegos por nadie conquistados, es precisamente que no envidiamos nada; quiero decir, que nada, ni aun lo bueno, nos parece digno de envidia; que tenemos por lema el esquivo nihil admirari, como nuestros deudos los moros de enfrente; que nos encogemos de hombros ante los adelantos de otras naciones; que a nadie reverenciamos en la nuestra; que nos creemos todos iguales, sin serlo, o que tal vez lo somos en este mismo exceso de arrogancia..., y que, unas veces con heroísmo y otras con lamentable imprudencia,

contestamos a todo: «¡No importa!» Así se explica que desacatemos tan injustamente a nuestros grandes hombres (mientras viven); que sus contemporáneos tratasen con tanta irreverencia a Colón, y que Cervantes muriese en el olvido. ¡Envidiosos los españoles!... ¡Ah, no! Tenemos demasiada pereza para emular ni disputar glorias que implican trabajo: tenemos demasiado aborrecimiento a la paz para creer en otros laureles que en los de la guerra; carecemos, en fin, del órgano de la veneración al prójimo, por lo que a nuestros mismos reyes hemos solido decirles: Nosotros, que cada uno somos tanto como vos y todos juntos valemos más que vos..., etc. , etc. , etc. Así es, que no creo que fuese de ningún español de quien se dijo aquello de que, «si iba a un bautizo, quería ser el niño; si iba a una boda, quería ser el novio, y si iba a un entierro, quería ser el muerto.»

Conque dejemos hablar a Fr. Luís de Granada, por si verdaderamente necesitamos curarnos de la envidia, o tristeza del bien ajeno, o por si nos amenaza alguna otra erupción del egoísmo.

«Ayunáis, mas no de pleitos y contiendas... (dice con Isaías): «No es, pues, ése el ayuno que me agrada, sino éste: rompe las escrituras y contratos usurarios; quita de encima de los pobres las cargas que los tienen opresos...» En otro lugar añade: «Si la virtud de la limosna se mirare con atención, bastará para andar los hombres buscando y sacando los pobres de bajo la tierra, para usar con ellos de misericordia...» Comparando la caridad con la misericordia, recuerda luego el dicho de otro doctor, de que «la caridad es río de bondad, que no sale de madre, sino que corre dentro de sus riberas; mientras que la misericordia es río que sale de madre y se extiende por toda la tierra,» y exclama valerosamente: «Demás de esto, la caridad no hace más que comunicar sus bienes a los otros, mas la misericordia... toma también sobre sí sus males.» «Acuérdate, hombre (había dicho ya San Agustín), no sólo de lo que das, sino también de lo que recibes...; pues si no hubiese quien recibiera de ti la limosna, no darías tierra y comprarías cielo...»; y, haciéndose eco de estas animosas palabras, Fr. Luís llama a los pobres «banqueros de nuestra hacienda», y dice al rico: «Aquello solamente es tuyo que diste por tu ánima, y todo lo que aquí dejaste, quizás, perdiste... Dios viene a esconderse en el pobre... Éste es el que extiende la mano, mas Dios el que recibe. y el que ha de dar el galardón.»

¡Qué ideas! ¡Qué frases! ¡Qué elocuencia, señores Académicos! ¡Hasta qué punto es aquí todo grande, como verdad, como bondad y como belleza! ¡Comparad esta literatura con la que hoy pretende servir de recreo y satisfacción al género humano! «¡Qué noble empleo del alma y de la facultad de hablar y escribir con más elocuencia que los demás hombres!», me he dicho varias veces estos días al volver a leer, ya desde las alturas de la edad, ésas y otras páginas de nuestros escritores ascéticos. Y ¡qué negocio (añado ahora) sería para el mundo, aun en el estado de guerra social en que ya se halla, si de pronto todas las prensas del universo se dedicasen exclusivamente a fomentar en los pobres el amor a Dios y en los ricos el amor al prójimo, y estos ricos cifraran su felicidad y su orgullo en que los pobres... no sean tan pobres que a nuestro lado se mueran de hambre!... Volvería entonces la pa sobre la tierra.. ¡Porque todavía, todavía la caridad y la misericordia, recomendadas por Jesús, la mansedumbre de los unos y la abnegación de los otros, fueran eficacísimo remedio de tantos males como hoy nos apenan o asustan, así del dolor y cólera de los desvalidos, como de la ruina que amenaza a la sociedad!

¡Bien hayan, pues, los que viven dedicados a estas sagradas predicaciones, prefiriéndolas a las de una devastadora filosofía! ¡Bien hayan los que humanizan y acercan a la realidad de los tiempos venerandas instituciones, ricas de consuelos y esperanzas! ¡Y bien haya el Sr. Pidal, que tan meritorias campanas hace pidiendo espiritualismo al individuo y espiritualismo al Estado! Dijérase que, así él como el otro noble heredero de los talentos y virtudes de su egregio padre, tiene siempre a la vista las últimas palabras que éste escribió, con temblorosa mano, por vía de testamento político: «Uno de los caracteres de la época actual es la falta de creencias generales... El examen individual nunca llega a tener el número suficiente de secuaces para convertir en hechos su sistema: las creencias, en cambio, reúnen en torno suyo la infinidad de sus adeptos, la energía de sus voluntades...

Todas las grandes empresas de los españoles que hoy, sus degenerados nietos, apenas comprendemos, se deben a las creencias que entonces hacían convergentes los esfuerzos y compacta la acción social. Véase, si no, cómo en los partidos extremos, en que hay todavía algunas creencias generales, se hacen grandes cosas con pequeñísimos medios, al paso que en el partido pensador, con grandes medios, no se produce nada que no sea mezquino...» Dicho esto, que parece una confesión in articulo mortis, donde el noble anciano se acusa del pecado político de contemporalización o ineficacia voluntaria, en que aún permanecemos muchos torpemente, concluye con estas formidables expresiones: «Nada hay ya estable, ni los principios de la Religión, ni los de la política, ni los de la moral: ¡triste situación, que hace casi precisa la continua intervención de la fuerza material, precisamente cuando han ido más lejos los adelantos morales e intelectuales del género humano.»

Pero, al llegar aquí, la conciencia me tira del hábito, y me dice: «Señor... ¡la hora!» Pues he concluido; con tanta mayor razón, cuanto que ya no me quedaban más perlas ajenas con que seguir engalanando éste que no llamaré discurso.